

ARRIBA Y ABAJO

HACE UNOS MESES, LA AGENCIA Espacial Europea compartió un mapa de la Vía Láctea elaborado a partir de las observaciones de la sonda Gaia. Este mapa, el más detallado hasta ahora de nuestra galaxia, contiene un poco más de 1.142 millones de estrellas, incluyendo 400 millones antes desconocidas. Y aunque la galaxia es tan grande que el mapa, a pesar de sus números, contiene sólo el uno por ciento de las estrellas que la componen, podemos hacernos una idea de la dimensión de este esfuerzo si pensamos en que un hombre o una mujer necesitaría casi 37 años para contar de seguido 1.142 millones de estrellas a un ritmo de una cada segundo, así que si “pierde el tiempo” en detalles como dormir, comer o cualquier otra actividad que no sea contar, probablemente no le alcanzaría el término de una vida para acabar de contarlas.

La paradoja de nuestra especie está siempre allí, no nos abandona, así que al mirar hacia abajo nos encontramos de frente con aquello que no está a años luz, sino a centímetros, en las noticias del periódico, y todo se vuelve menos glorioso.

Este año hubo otra noticia sorprendente relacionada con el espacio. Al parecer, el sistema solar más cercano a la Tierra, Próxima Centauri, contiene un planeta dentro de lo que se conoce como “la zona habitable” (esto es, el muy reducido rango de distancia a una estrella en que un planeta puede contener agua líquida,



ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

que hasta ahora consideramos el ingrediente más esencial para que se desarrolle la vida tal como la definimos a partir de nuestro planeta). Las probabilidades de que esto sucediera en Próxima Centauri eran mínimas y, aunque no sabemos si otras condiciones para la vida se cumplen o no, y menos aún si la vida como tal existe allá o no, sí sabemos ahora que es posible que nuestro vecino sideral más cercano pueda albergar la vida como la conocemos. Dado que el planeta Próxima b está a un poco más de 4,2 años luz, lo que lo ubica a más de 400.000 millones de kilómetros de distancia, si tomamos en cuenta que la nave más rápida que hemos construido hasta ahora es capaz de recorrer un poco más de 1.250 millones de kilómetros por año (la sonda Juno que, luego de acelerar gracias al efecto onda de la gravedad de Júpiter, alcanzó los 40 kilómetros por segundo), nos tomaría más de cuatro siglos llegar allá. Pero hay nuevas tecnologías de propulsión en investigación que pueden llevarnos pronto a construir una nave capaz de llegar a Próxima b en el término de una vida humana.

Noticias como las anteriores nos recuerdan el insólito nivel de comprensión que nuestra especie ha alcanzado del cosmos que nos rodea. Ya llegamos a la Luna y el próximo paso es Marte, con la mira puesta además en su colonización. Si vemos hacia arriba, hacia las estrellas y lo que sabemos de ellas, el futuro de nuestra especie parece ilimitado. ¡Cuánto hemos avanzado en nuestra comprensión del cosmos desde que nuestros ancestros se refugiaban del trueno en cuevas, temblando asustados ante la furia

de los cielos!... Pero la paradoja de nuestra especie está siempre allí, no nos abandona, así que al mirar hacia abajo nos encontramos de frente con aquello que no está a años luz, sino a centímetros, en las noticias del periódico, y todo se vuelve menos glorioso.

Si consideramos que la paz es el único estado con el que puede haber verdadero desarrollo en una civilización que cuenta con armas similares a las nuestras, este año ha sido desastroso. Así Colombia haya tenido en este sentido su mejor año en medio siglo por cuenta del proceso de paz, a nivel global numerosas nubes se han instalado: en Europa, los ciudadanos de Gran Bretaña han votado por separarse del proyecto de unión de las naciones que más se han peleado en la historia (ese mismo proyecto, por cierto, con cuyo respaldo económico se envió la sonda Gaia y que financia varios de los observatorios que descubrieron a Próxima b); al mismo tiempo, en el norte de América un matón de escuela que miente cada tres minutos y quince segundos se ha lanzado a la presidencia del país más poderoso del planeta y, gane o pierda, las consecuencias de cómo su discurso ha empoderado a los sectores más divisivos y excluyentes de la sociedad norteamericana se sentirán por muchos años; en el Pacífico asiático se siente la pesada pisada de China con sus deseos de expansión territorial, en Europa del Este los de Rusia; en el Medio Oriente, la guerra continúa generando cada vez más refugiados, que encuentran cerradas las puertas de una Europa poco solidaria que por siglos se ha lucrado de las riquezas y el trabajo de los habitantes de otros países, generando así más argumentos que los fanáticos de Isis pueden incluir en sus discursos de reclutamiento. Y más allá de nuevos posibles conflictos civiles o entre naciones, la humanidad como un todo enfrenta amenazas crecientes. Sin tomar en cuenta siquiera los nuevos cambios que traerá el calentamiento global, ya hoy el 85% de la población mundial vive en las zonas más secas del planeta y cerca de 800 millones de personas no tienen acceso a agua potable, y estamos extinguiendo a otras especies a un ritmo entre mil y diez mil veces superior a la tasa natural. Además, hemos entrado en una era de inequidad no vista nunca

antes, ni siquiera en la Revolución Francesa o en la China imperial, con los 62 individuos más ricos del planeta teniendo tanta riqueza acumulada entre ellos como la mitad más pobre de la humanidad, los 3.700 millones de personas que están en el fondo de la escala económica global.

Abajo, entonces, podemos ver que las semillas para múltiples conflictos masivos se han ido acumulando, y no se ve ninguna acción de peso, coordinada, para enfrentarlos y prevenir sus consecuencias, solo dilatadas escaramuzas que avanzan a ritmo de tortuga, a pesar de ser ya de por sí insuficientes. ¿Cómo es posible esa disonancia entre lo que el hombre es capaz de descubrir y su incapacidad para evitar aquellos de sus comportamientos que amenazan su propia supervivencia como especie? ¿A cuál versión de nuestra especie darle más crédito, a esa que conquista el conocimiento del cosmos, o a esa otra que parece tan incapaz de manejar su propia vida y convivir con otros seres como un niño mimado que además es más bien estúpido?

La paradoja está lejos de ser nueva, pues alimentó la misantropía de Jonathan Swift, entre muchos otros, quien afirmó en sus *Viajes de Gulliver* en 1726 que la razón no le sirve en nada más al animal humano que para añadir nuevos vicios a la suma de aquellos con los que la naturaleza ya le ha dotado. Pero de alguna manera, al mirar hacia arriba y recordar lo que hemos descubierto del cosmos, o a los lados, donde encontramos el libro o la revista que tenemos entre las manos, el simple gesto de gentileza de alguien que le abre la puerta a un extraño con las manos ocupadas, o a voluntarios que se esfuerzan por llevar comida o atención médica a quien no lo tiene, o en cuidar animales abandonados o proteger a especies en peligro, sabemos que hay algo más, algo que con frecuencia pasa desapercibido en los titulares de los periódicos, pero que también es poderoso y constante. Una cosa es segura, en todo caso: el acertijo que plantea nuestra especie es más palpable hoy que nunca antes, y está tan lejos de ser resuelto como la pregunta de si como especie podremos o no sobrevivir a las consecuencias del profundo egoísmo que suele guiar a nuestras sociedades. ■